

POETAS CHILENOS

Los versos viejos

POR ARTURO TORRES RIOSECO (1)

A JOSÉ JUAN TABLADA.

1

Te entregaré mi corazón inerte
para que le des nuevo florecer;
tú le conducirás hasta la muerte
en tus ojos de blando amanecer.
Mira que está trizado de amargura
y que su ciencia es un llorar sin fin,
mira que es fragilísima su hechura
como una melodía de violín.
Te lo entrego desnudo. Frente a frente
venció a la vida y maniató a la suerte,
tú le has de conducir devotamente
hacia las playas grises de la muerte.

2

Alzar el puño y atacar de frente,
vivir de prisa y ser sentimental,
darse al amor y al mundo totalmente
y cultivar la flor del ideal.
Y cuando ya cansados de la gente,
después de saborear el bien y el mal,
volvamos al terruño humildemente
tendremos una casa y un rosal.

3

Aquí en mi llano agreste
siento mi altitud,
vierto un licor celeste
de recia juventud.
En siglo veinte pleno
me levantaré,
firme, altivo, sereno,
yo caminaré.
Encenderé mi fuego.
—Tú, hermano, lo ves,
mi voz será de ruego
y de Eclesiastés.
Seré cantor de América,
fuerte y vibrador,
con emoción ibérica,
nativo temblor.
La espada de Rodrigo
domadora en la lid,
el gesto audaz, amigo
de Atahualpa y del Cid.
Beberé gota a gota,
médula espinal,
de este mi siglo idiota
y sentimental.
Rimaré en parla ruda
y en copo sedar,
sobre la esfinge muda
me pondré a trovar.
Seré diámetro lírico
de la humanidad,
en este siglo empírico
de sabio y de abad.
Y con vino latino
me emborracharé,
con chulo y asesino
fraternizaré.
De prostituta y monja
haré mi verdad,
mi corazón la esponja
de la humanidad.
Aquí en mi llano agreste
siento mi altitud,
vierto un licor celeste,
recia juventud.

4

Mujer, la curva frágil de mi verso es un ala
que bajo el oro lánguido de la tarde resbala
por tu belleza altiva de corte parisino
y que va hasta tu boca para aprender su trino.
Mi verso se ha nutrido de tu clara belleza,
tu cabellera loca, tu boca satiresa,
tus ojos buscadores, tu vieja aristocracia
le han dado la suprema majestad de su gracia.
Pero esto me ha costado llanto de mar, amargo
llanto que ha descendido como un arroyo largo,
pena callada y firme que se aprieta en el pecho,
mano crispada y comba que ha horadado mi lecho.
Todo esto, y en las tardes las alas anhelantes
se me tienden al lado de las aves errantes
para seguir sin rumbo por el cielo celeste
—oro y rosa—buscando... hacia el este... hacia el este.
¡Oh, si yo te tuviera como tengo esta casa,
este sol, estos libros, este río que pasa,
como tengo mis sueños dolorosos y buenos,
como tengo mis pájaros, como tengo mis henos!
Si estuvieras tan cerca como están las estrellas,
si otra vez escuchara las palabras aquellas
que una noche de fiesta me dijera tu boca
acaso floreciera de su fondo mi roca.
Me pondría en los ojos toda tu cabellera
para llenarme el alma de una gran primavera!
Me darían sus fuegos tus pupilas hermosas
para que todo el mundo se llenara de rosas.
¡Oh, qué gran fiesta entonces! Venid doncellas griegas,
con los muslos desnudos, venid niñitas ciegas
a ver la luz de Mayo, abrid todo camino
para que venga Cristo y el bufón y el pollino.
Y en cambio, estar seguro de que nunca tu vida
vibrará con la mía de amor estremecida,
comprender que otros brazos tendrán los tuyos presos,
saber que en otra boca se doblarán tus besos.
Sol de Mayo en las eras... Sobre verde, en la huerta
un petirrojo canta con la garganta abierta.

5

El corazón doliente de mi lira
está enfermo de un dulce apetecer,
quiere, para encenderse como pira
unas manos ardientes de mujer.
Corazón que se crispa y desespera
en la sonrisa del amanecer,
sería el leño grande de una hoguera
acariciado en manos de mujer.
Nudo apretado de emoción y llanto
deshaciéndose en el atardecer,
se trocaría en armonioso canto
entre unas manos blandas de mujer.
Se está muriendo de una inquietud fina
y anda todo medroso del placer,
como el cuerpo de una golondrina
prisionera entre manos de mujer.
Corazón que ha cuajado la amargura
en un infatigable recoger,
está, recién nacida criatura
esperando dos manos de mujer.
Ya este pavor se me hace más profundo,
ya este vaso de amor se va a romper,
yo ando loco buscando por el mundo
unas manos ardientes de mujer.

Williamstown, Mass.—1919.

(Envío del Autor).

(1) Del señor Torres Rioseco tenemos en prensa un tomo de versos: *En el encantamiento*. Lo prologa el señor Brenes Mesén.